

www.puntodelectura.com

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Don Juan

punto de lectura



Gonzalo Torrente Ballester (Ferrol, A Coruña, 1910-Salamanca, 1999), profesor, periodista, crítico, dramaturgo y novelista, es uno de los más notables escritores españoles del siglo xx. Entre su extensa obra destacan la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963), *Off-side* (1968), *La saga/fuga de J. B.* (Premio de la Crítica 1972), *Fragmentos de Apocalipsis* (Premio de la Crítica 1977), *La Isla de los Jacintos Cortados* (Premio Nacional de Literatura 1981), *Filomeno, a mi pesar* (Premio Planeta 1988) y *Crónica del rey pasmado* (1989). Miembro de la Real Academia Española desde 1975, recibió también, entre otros muchos, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1982 y fue el primer novelista español galardonado con el Premio Miguel de Cervantes, en 1985.

www.gonzalotorrenteballester.es

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Don Juan

Título: Don Juan

© 1963, Gonzalo Torrente Ballester

© Del prólogo: Gonzalo Torrente Ballester

© Herederos de Gonzalo Torrente Ballester

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición: marzo 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2095-5

Depósito legal: B-9.554-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Jesús Acevedo

Diseño de colección: Jesús Acevedo

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A la memoria de José Ortega
y Gasset, de Gregorio Marañón y de
Ramón Pérez de Ayala, donjuanistas.*

*A Hille Bruns-Baumgart,
primera lectora de esta historia.*

A José Bergamín, que no está de acuerdo.

*Béni soit la Providence, qui a donné
à chacun son joujou, la poupée à
l'enfant, l'enfant à la femme, la femme
à l'homme, l'homme au diable!*

VICTOR HUGO, *Journal*, 1832

Prólogo

No puedo recordar cuál ha sido el origen de este *Don Juan*: algo, seguramente, muy oscuro y remoto, una de esas ideas que permanecen segundos en la conciencia y que se ocultan luego para germinar en el silencio o para morir en él. Lo que sí puedo asegurar es que *Don Juan* nació de un empacho de *realismo*.

No soy un doctrinario del arte. Lo admito todo, menos el gato por liebre. Por mi temperamento y por mi educación, me siento inclinado al más estrecho realismo y, con idéntica afición, a todo lo contrario. El predominio de una de esas vertientes en el acto de escribir depende exclusivamente de causas ajenas a mi voluntad. Y aunque lo bonito sería valerse de ambas y hacer síntesis de sus contradicciones, es el caso que tal genialidad no me fue dada, y unas veces me siento realista, y otras no. Pero, también por causas ajenas a mi voluntad, me he visto obligado, durante cinco años, a escribir una novela realista de mil trescientas páginas: esa trilogía que, con el título de *Los gozos y las sombras*, han leído alrededor de dos millares de españoles. Confieso que, en ese tiempo, muchas veces me vi tentado a escapar a la fantasía por cualquier rendija inesperada, y que, siempre que esto acontecía, en los umbrales

me esperaba Don Juan. Otras tantas lo aparté, comprometido como estaba ante mí mismo a terminar una obra sin traicionar el espíritu inicial. Pero Don Juan permanecía detrás, mucho más fantasmal de lo que es hoy, y me daba señales de su presencia y de su esperanza de que algún día le concediera atención.

Me entregué a él una vez terminada *La Pascua triste*. Es decir, a comienzos de este año de 1962. Lo primero que advertí fue que, visto de cerca, mi *Don Juan* ya no era el mismo que durante varios años me había instado. Sin mi permiso, había cambiado, y hube de tomarlo, más que como era, como estaba. Esta clase de bromas las gasta la imaginación, que trabaja por su cuenta y que nos da lo que produce, ni más ni menos, nos guste o no. *Don Juan* es un personaje imaginario, sin el menor contacto con la realidad. Pero, aun siendo imaginario, se me representaba más como figura pensante que activa. Esto no dejó de chocarme. Por lo general, las figuras de esta clase suelen ser productos del pensamiento, no de la imaginación; suelen ser símbolos de ideas, no intuiciones figuradas. Y lo que piensan o dicen, trasunto de lo que piensa el autor y no quiera decir por su cuenta. Ahora bien: mi primera gran sorpresa aconteció al comprobar que ni Don Juan ni ninguno de los restantes personajes de la historia pensaba como yo. Y esto no dejó de alegrarme, porque, aun abandonado el método realista, me permitía permanecer en la actitud objetiva a que mil trescientas páginas de novela realista me habían acostumbrado. Desde el principio me propuse escribir esta historia sin que ninguno de sus personajes —ni siquiera ese *narrador* anónimo, al que, sin embargo, he prestado algunas de mis circunstancias

personales— se constituyera en mi portavoz. Y creo haberlo conseguido.

Aquí debería terminar este prólogo. Pero, puesto a escribir, pienso que no estaría de más explicar esta ocurrencia de concebir un nuevo *Don Juan*. Sobre todo cuando Don Juan no es un tema de moda, cuando no existe una gran firma que avale la ocurrencia. Con los temas literarios, sucede ahora que necesitan el aval de una gran firma para circular. El novelista, el dramaturgo, son seres metidos en la realidad, capaces de abarcarla en su conjunto o en alguna de sus parcelas. Tímidamente remiten al público su novela o su drama. Ellos creen —creemos— que lo que inventan y publican añade algo a lo ya poseído por los hombres. Pero su invención y su añadido pasan sin pena ni gloria cuando ninguna gran firma se ha dignado fijarse en ellos. Lo corriente, entonces, es que el escritor renuncie a su personal visión de la realidad, o de la verdad, y se convierta en secuaz de otro u otros ya acreditados. Es decir, que se acoja a la protección, próxima o remota, de una gran firma, en cuyo ejemplo o en cuyos principios pueda escudarse. El conjunto de estos seguidores constituye una *escuela*. Y, escuelas literarias, las ha habido siempre. Lo que pasa es que, antes, dejaban un margen a la independencia, y, hoy, no lo dejan. La *sociología* del escritor ha cambiado mucho. Incluso la del escritor *engagé*. Yo lo soy, evidentemente, pero no con un grupo o una escuela. Lo soy al modo del guerrillero y no del soldado regular. Lo cual es, sin duda, un modo de *engagement* bastante mal visto. Este intento de ejercer la literatura por mi cuenta explica, sin embargo, que un tema pasado de moda me haya interesado, y que haya gastado

en él siete u ocho meses —con intermitencias, ésta es la verdad— de mi vida sin que ninguna gran firma avale con su luz y autoridad mi empresa.

Hace bastantes años empecé a escribir una serie de narraciones con el título general de «historias de humor para eruditos». No es que las destinase exclusivamente a esos admirables varones cuya principal actividad consiste en acumular saberes gratuitos y lujosos (que tal cosa son, en el fondo, los eruditos); pero el título me gustó. La primera de dichas historias, única publicada, se vendió poco y, desde luego, no sé de ningún erudito que la haya leído. Para la segunda no encontré editor. Dejé, pues, de escribirlas, y allá quedan «El hostel de los Dioses amables», «La Princesa Durmiente va a la escuela», y otras que pudiéramos llamar narraciones cultas. Que no eran, como pudiera creerse a simple vista, meras fantasías librescas, sino la realidad, al menos la verdad. O una verdad. Era la suya, como la de este *Don Juan*, materia poética fuera de moda, y no me sorprendió en absoluto su falta de difusión. Había *Don Juan* de formar parte de la serie, aquel *Don Juan*, no éste, porque el de entonces hubiera sido distinto. La diferencia principal, ahora lo advierto, consiste en que, hace dos o tres lustros, *Don Juan* apuntaba a una verdad, y, ahora, probablemente, no. O quizá sea que entonces estaba yo más seguro de ciertas verdades de lo que lo estoy ahora. Pero da lo mismo. La verdad a que entonces apuntaba era, desde luego, una verdad existencial. Ahora, mi propósito es meramente literario. Sumar, a las muchas existentes, mi particular versión de Don Juan.

Que es, en cierto modo, tradicional, y, en cierto modo, no. El lector advertirá que en esta historia se recogen

muchos elementos comunes a casi todas las versiones conocidas (e incluso entre ellas algunas que, si se refieren a un «Don Juan», no le llaman así, como el estudiante salmantino de Espronceda y el protagonista del estupendo cuento de Merimée). Si algún erudito se entretiene alguna vez en analizar mi historia, a sus cuidados encomiendo poner en claro, de acuerdo con su oficio, los muchos préstamos tomados a mis muchos predecesores. Pero creo haber puesto también algo de mi cosecha, algo en virtud de lo cual este Don Juan sea «mi» Don Juan. Es cierto que, en su mayor parte, mis aportaciones personales no son imágenes, sino conceptos. Bueno. Por eso, sólo por eso, prefiero llamar «historia» y no «novela» a esta obra mía. La novela, tal y como yo la concibo, es otra cosa.

Sin embargo, esta «historia» tiene estructura novelesca, y a escribirla apliqué mi oficio de novelista. Como tal novela tampoco responde a la moda. Ni siquiera a la moda de las «novelas intelectuales» famosas hace veinticinco años. Me he tomado tremendas libertades, y no es la menos grave esa inclusión en el cuerpo narrativo de dos «bloques» que rompen la unidad planteada: el que llamo «Narración de Leporello», y el que no llamo de ninguna manera, pero que pudiera llamar «Poema del pecado de Adán y Eva». Uno y otro, a poco pesqui que tenga el lector, guardan relación necesaria con la sustancia de la novela. Lo que sucede es que han crecido mucho, quizá desproporcionadamente. Alguna vez he intentado reducirlos, sustituirlos e incluso suprimirlos, pero no lo hice por una razón profesional: están bien escritos, quizás mejor que el resto de la historia. Y, si uno es escritor, ¿por qué no permitir que subsista lo mejor que ha salido de su pluma,

aunque ese «mejor» se refiera solamente a la perfección formal? Quizá algún día de este *Don Juan* se recuerden sólo sus embuchados.

He leído muchas veces que Don Juan fue un individualista, y siempre me resistí a creerlo. Un texto de Tirso de Molina, el que encabeza mi capítulo tercero, me abona. Son dos frases ridículas, las que Don Juan y Don Gonzalo dicen: ridículas en la situación dramática en que fueron pronunciadas; ridícula sobre todo la que la estatua de Don Gonzalo profiere. Y, sin embargo, una y otra dan la pista del no individualismo de Don Juan. Pero, por otra parte, es evidente su soledad social, es decir, su falta absoluta de solidaridad con los hombres. Y no digamos su soledad metafísica, su soledad de profesional del pecado. Pero entiendo que «insolidaridad» y «soledad» no suponen necesariamente «individualismo», aunque puedan coincidir con él en el mismo sujeto. No fue éste Don Juan; no lo fue, al menos, en el origen: ese «fils de papá» inventado por Tirso hace lo que hace porque se sabe protegido por el poder de su padre. El personaje de Tirso, como figura poética, es bastante imperfecto, mezcla de mamarracho y de aspirante a superhombre. Yo, que me he inspirado en él, he pretendido quitarle lo que de mamarracho tiene e insistir en sus restantes cualidades. Y una de ellas es el saberse miembro de una casta, como se expresa en su afirmación de ser un Tenorio; es decir, de poseer, al lado de cualidades y obligaciones individuales, las comunes a todos los de su nombre. Tenerse, pues, por hombre ligado y obligado por la fidelidad a un grupo humano (aunque sea tan limitado como el clan familiar) no es, como intenté demostrar en

otra parte*, una manera muy clara de individualismo, sino, quizá, de todo lo contrario. El que mi Don Juan, al final, mande a paseo a sus ascendientes, es, creo, una broma lógica, de la cual sí que resulta un Don Juan individualista, amén de solitario. Condenado al individualismo, a ser él, sólo él, *per saecula saeculorum*. Como se es, según dicen, en el infierno. En lo cual me aparto de la conocida concepción sartriana de que el infierno son los demás. Para mi Don Juan, el infierno es él mismo. Pero líbreme Dios de hacer de esto una concepción general, una «tesis». No pasa, como todo lo demás, de ocurrencia humorística.

Pido perdón a los teóricos de la literatura por la presente herejía, que no pasa, como antes dije, de escapatoria o descanso. Ando ahora con algo que titulo *Las ínsulas extrañas*, novela en cuyo texto volveré a ser, o al menos lo intentaré, realista, objetivo y crítico, si estas tres cosas pueden casarse con fortuna. Ante las herejías, los nuevos modos aconsejan una conducta que antaño hubiera resultado escandalosa: no darse por enterado. Nada más fácil con un nuevo libro. A mí, personalmente, no me cogera de sorpresa.

* Véase mi libro de ensayos *Teatro español contemporáneo*: Ed. Guadarrama, Madrid, 1957.

Capítulo 1

1. Acaso exista, en Roma, algún lugar tan atractivo para cierta clase de personas como en París los alrededores de San Sulpicio; pero yo no he estado nunca en Roma.

Sube uno por la calle de Rennes, desde Saint-Germain. Allá abajo, en la esquina, frente a la iglesia, queda la terraza de «Aux deux magots», y, en la terraza, tipos de esos del bulevar, herederos de los que hace más de cien años pintaban Gavarni, Daumier y Benjamín. Los tipos del bulevar son como cierta clase de peces o como los aeroplanos, de reducida autonomía, que puedan pasar, pasear y *flanear* dentro de un espacio ampliamente acotado, más allá del cual no se arriesgan, o lo hacen con timidez, quizá con miedo. Es curiosa la cobardía inconsciente de estos tipos —profesionalmente osados— cuando caminan por las calles de los burgueses. Ellos, cuya razón de ser es la extravagancia, se encuentran limitados por ella, constreñidos, prisioneros. Dentro de su barrio pueden hacerlo todo; fuera de él, les está vedado lo que un hombre o una mujer vulgarmente vestidos tienen a su alcance. Cuando, por estas mismas calles, Baudelaire exhibía su cabellera verde, gozaba de mucha más libertad. La cabellera verde de Baudelaire era un insulto dirigido, en general, a los

burgueses que hallaba en su camino, y a su padrastro, hombre respetable, en particular; pero, desde aquellos tiempos, los burgueses han cambiado mucho, sobre todo en sus relaciones con la extravagancia. Ya no la sienten como un insulto: la dejan pasar, y quedan pensando entre sí que, después de todo, ciertas clases de atuendo usadas en el barrio de más abajo no dejan de tener sus ventajas en la estación veraniega.

Las proximidades de San Sulpicio son como una especie de pasillo para los extravagantes de Saint-Germain a causa del Teatro *du Vieux-Colombier*. Transitan por sus proximidades mezclados a los curas que van y vienen, que entran y salen en las librerías religiosas y en las tiendas de casullas. No es corriente que nadie se acuerde de Manón. En realidad, a Manón sólo la recordamos los extranjeros aficionados a la literatura antigua, y alguna que otra solterona, asimismo extranjera, que en su juventud asistía a la ópera. Manón no es una figura moderna ni modernizable. Su modo de entender el amor no ha tenido fortuna filosófica, y el Caballero des Grieux nos parece hoy demasiado llorón, demasiado blando, y le odiamos un poco porque reveló a las mujeres lo que hay de blando y llorón en el amor de todos los varones. Unos centenares de metros más abajo de San Sulpicio, docenas de parejas se besan y acarician de un modo crudo, brutal, pero filosóficamente irreprochable. Interrogados sobre la naturaleza de sus sentimientos, responderían con citas de *L'Être et le Néant*.

Lo que importa, sin embargo, de estos alrededores de San Sulpicio, no es el recuerdo de Manón, ni su especial y anticuada manera de amar y ser amada. Personalmente me han atraído siempre las librerías religiosas, los objetos

litúrgicos. Todo lo que sobre Dios y sobre Cristo escriben los curas y los frailes alemanes, franceses, belgas, ingleses e italianos, se encuentra aquí, se ordena en anaqueles, se despliega en escaparates, se ofrece como banquete succulento e inalcanzable. El curioso de Dios, el angustiado, y también el inquieto, aquí convergen, aquí se encuentran, aquí se miran y reconocen sin palabras. Son, generalmente, personas de aspecto inocuo. Hay que saber mirarles a los ojos para averiguar lo que pasa por sus almas. Cuando sus manos se alargan, en apariencia tranquilas, hacia este o hacia aquel libro; cuando lo hojean con afectada mezcla de curiosidad intelectual y displicencia; cuando por fin lo compran y se lo llevan, sólo quien les conoce y comparte su inquietud adivina el secreto temblor, la impaciencia secreta con que se acogerán al café más próximo, al sosiego y al silencio de un rincón, para leerlo.

El hombre honrado es siempre torpe ante una virgen, y es igual que haya tenido trato con otras mujeres o no, que tenga experiencia amorosa o que carezca de ella. ¡Si habrán abierto libros estos angustiados, estos inquietos que en los alrededores de San Sulpicio adquieren textos de Teología! Sus manos pueden rasgar hojas intactas con independencia de su voluntad y de su mente. Da lo mismo que atienda o no a los dedos ágiles; da lo mismo que se distraiga viendo pasar a una muchacha especialmente atractiva, porque las manos cumplen solas su cometido. Sin embargo, el libro de Teología es como la moza virgen y amada. De nada valen la experiencia y la destreza. Los dedos se cuelan torpemente entre las hojas, rasgan por las dobleces el papel, sin esperar a que la camarera traiga el cuchillo solicitado: porque, como la moza amada, el libro

puede reconstruir o deshacer para siempre la vida de este hombre. Dirá: «¡Por fin!». O no dirá nada: arrojará el libro lejos de sí, y, con él, la esperanza.

Claro que muchas otras clases de hombres se ven en las librerías de San Sulpicio. Aquel italiano vestido como un criado inglés de buena casa no pertenecía, desde luego, a la categoría de los inquietos, sino más bien a la de los seguros. Tendría como treinta años, y su espabilada, sapientísima manera de mirar y de sonreír, solamente se concibe en los ojos de un golfo sevillano, napolitano o griego. A mí me chocó desde el primer momento, y me interesó, porque en su apariencia confluían y no acababan de mezclarse dos tradiciones contradictorias: no se mezclaban, y, sin embargo, se influían, se limaban, convivían. Por muy prodigiosamente listo que fuese aquel sujeto, si se le dejase a su albedrío, vestiría de modo impropio y llamativo, y, a la menor ocasión, acaso en medio de la calle, cantaría *Torna a Sorrento* acompañado de una mandolina. Hongo, chaqué y pantalones sin vueltas constituían algo así como el sistema de normas apretadas que excluyen pañuelos de colorines y canciones sentimentales; pero la nerviosa agilidad del Fulano, metida en el monótono uniforme, le imprimía tal vivacidad y salero, que se esperaba, al verle, el remate bailado de cualquier movimiento. Algunas de las veces en que coincidimos frente al mismo anaquel, pensé si sería gitano.

No es increíble que un verdadero *butler* anglosajón, concebido, v. gr., por Huxley, sea aficionado a la Teología; pero el cliente de las librerías de San Sulpicio no era un verdadero *butler*. Lo cierto es que llegué a creer que aquel sujeto no era verdadero, ni siquiera un verdadero italiano,

sino un tipo disfrazado, una deliberada falsificación. Su aire, al repasar los textos teológicos, manifestaba excesiva curiosidad intelectual y un poco superior, como si la materia estudiada en aquellos libros quedase por debajo de su caletre. Escogía con rapidez y tino, amontonaba volúmenes, preguntaba por otros, y alguna vez cambió palabras de buen juicio con un joven dominico inglés sobre moderna bibliografía trinitaria. Al dominico le sorprendió tan sólo que un laico mostrase tan gran conocimiento sobre cuestiones casi esotéricas: la contradicción entre el ser y la apariencia del italiano le había pasado inadvertida.

Un sacerdote español, amigo mío, me llevó cierta vez a la trastienda de una librería protestante donde un teólogo alemán hablaba del Señor. Se habían congregado allí unas cincuentas personas de la más varia catadura. El conferenciante, sentado en un rincón, abrió un texto de Calvino, leyó unos párrafos, y se puso a comentarlos. Hablaba un francés pulido, claro, y sus palabras describían al Señor como Ser caprichoso y terrible.

—Lo que yo no me explico es cómo, pensando así, se puede andar tan tranquilo por el mundo y decir cosas tan bellas de un Señor en cuya Voluntad no puede tener el hombre la menor confianza.

Me pareció al principio que había hablado el cura, mi compañero; pero advertí en seguida que permanecía a mi derecha, evidentemente desasosegado por lo que iba oyendo, y las palabras venían de la izquierda, y su tono había sido tranquilo, casi burlón. El mayordomo italiano ocupaba el asiento vecino al mío, se había vuelto hacia mí, y me miraba sonriente.

—Usted es católico, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, desde luego.

—Es chocante. Casi todos los presentes somos católicos, salvo un par de ateos y un solo calvinista: la esposa del conferenciante, que es aquella señora fea que le escucha entusiasmada.

—¿Les conoce usted a todos?

—¡Oh, sí! Vengo aquí todos los viernes. ¿Usted viene por primera vez? No se pierda estas conferencias mientras pueda. Observará que la teología protestante, la teología seria, quiero decir, no ha logrado salir de la ratonera en que la metieron hace cuatrocientos años Lutero y Calvino. Aunque quizá la imagen de la ratonera no sea muy exacta: más bien le corresponde la de una cerca de altísimas murallas. Los ratones metidos dentro no tienen más remedio que profundizar y hundirse en la tierra, o saltar hacia lo alto, hacia el cielo. ¿Se da cuenta de que saltar al cielo es lo que pretende éste?

No esperó mi respuesta. Volvió la cabeza hacia el conferenciante y escuchó. De cuando en cuando tomaba notas en una libreta vulgar de tapas negras. Así, hasta el final, como si no me hubiera dirigido nunca la palabra. Aplaudimos. Mi amigo, el cura, bastante preocupado, tiró de mí hacia la salida.

—Perdóname. No debí traerte a escuchar estas cosas.

—No pase apuro vuesa merced, señor presbítero, que la fe de su amigo no es de las que vacilan por calvinista más o menos.

El italiano estaba a nuestro lado, saludaba con el hongo en la mano, y hablaba correctamente el español. El cura nos miró alternativamente como diciendo, a él: «¿Quién es usted?», y a mí: «¿Quién es este sujeto?».

—¿Les sorprende que hable tan bien el castellano? No tiene nada de extraño. He cursado en Salamanca la Sacra Teología. Hace ya mucho tiempo, pero la lengua de la calle no he podido olvidarla.

—¿En Salamanca? ¿Dice usted que en Salamanca? —el cura lo miraba ya con simpatía—. Cúbrase, por favor: está lloviendo.

—Ya lo creo, gracias —se puso el hongo después de una breve reverencia—. He estudiado con...

Nombró a seis o siete maestros.

—Naturalmente, no comparto todos sus puntos de vista, pero, sin duda, les adeudo la base de mi cultura teológica. Es lo que yo digo a un conocido mío aficionado a estas cuestiones: por muy anticuada que esté la doctrina escolástica, siempre conviene permanecer amarrado a ella aunque sólo sea por un cable sutil, como el barco permanece sujeto al ánora sumergida. No importa que el cable, de puro tenso, vibre y amenace romperse: una pequeña marcha atrás permite alejar el peligro.

Mi amigo el cura era escolástico: esbozó una protesta, pero el italiano la cortó cortésmente.

—Le ruego que me perdone, pero, si le respondo, nos meteremos en una discusión de varias horas y yo tengo que acudir a una cita con mi amo. Otro día, si le parece. Porque volveremos a vernos, ¡ya lo creo que nos veremos!

Saludó y se perdió entre la gente.

El cura permaneció unos instantes mirando el hueco que el italiano había dejado, al pasar, entre la multitud.

—¿De qué le conoces? —me preguntó luego.

—Le he visto algunas veces. Compra lo mejor de Teología, lo más caro y lo más raro.

—¿Sabes que esos maestros que ha citado, lo fueron de Salamanca... hace trescientos años? —y, ante mi estupor, agregó—: Si no recuerdo mal, todos ellos explicaron diversas materias teológicas en los primeros años del siglo diecisiete.

—Es un farsante.

—¿Por qué lo sabes?

—No por razones teológicas, desde luego. Vengo observándole desde hace algunos días. Me da la impresión de ser todo él mentira. Al principio creía que iría disfrazado; ahora tengo dudas acerca de su realidad. Si hubiera de definirlo de algún modo, diría que es un fantasma.

El cura rió.

—Ésa no es una definición, sino una escapatoria.

—Es que tú no crees en fantasmas, y yo sí.

2. Unos días después, me encontré de nuevo con el Fulano.

Bajaba por «boul' Mich» a la hora en que más bullen y alborotan los estudiantes, y debía de ser bien conocido de ellos, porque de todos los grupos le saludaban y a todos los saludos respondía. Esto no era, sin embargo, lo chocante, sino su modo de caminar. Dijérase que saltaba, y que lo hacía al ritmo de una canción discordante cuyo extraño compás llevase con una especie de bastón que meneaba su mano izquierda, mientras que la derecha jugaba con una flor lentamente movida —sin que entonces ni ahora pudiese explicarme cómo, porque nada hay más difícil que imprimir a las manos movimientos contrarios y de velocidad tan diferente. Me dio la sensación de

algo que, si no llegaba a lo diabólico, pasaba en cambio del mero virtuosismo; y que bajar por una calle de París de aquella manera, si no obedecía a un propósito burlón, sólo podía acontecer por deliberada voluntad de propaganda. La verdad es que no supe a qué atenerme, y que el italiano no me dio tiempo a recobrar me de la sorpresa, porque de pronto quedó parado frente a mí, se quitó el hongo, y me saludó con grandes muestras de cortesía.

—¿Cómo está usted, señor...? —dijo mi nombre—. Me alegra verle. He telefonado a su hotel un par de veces, pero con mala fortuna.

Y como la sorpresa me saliese a la cara, añadió en seguida:

—Es cierto que no hemos sido presentados, pero eso, entre meridionales, carece de importancia. Mi amo manifestó deseos de conocerle, y por eso...

Un movimiento de su mano florida añadió el resto.

—¿Quién es su amo?

—Permítame, que, de momento, calle su nombre. Puedo, en cambio, mostrárselo, a condición de que no intente hablarle. Está cerca de aquí. Si el señor quiere seguirme...

¿Por qué lo hice? ¿Qué sabe uno por qué hace tantas cosas! Quizá fuese porque el italiano me empujaba suavemente, sin dejar de sonreírme; o porque su sonrisa amable me lo rogaba. Acaso curiosidad; puede que aburrimiento.

Me llevó a un café cercano. Antes de entrar, me dijo:

—Sígueme, y no mire a parte alguna hasta que nos hayamos sentado. Mi amo está con una dama, y...

Pidió perdón por pasar delante. Le seguí. Era un café como otros muchos, pequeño e íntimo. Quizá yo mismo

hubiera estado en él alguna vez. Fuimos hasta un rincón, se sentó de espaldas al público y me indicó el asiento pegado a la pared.

—Desde ahí podrá verle. A la derecha, en la mesa de la ventana. ¿Ve usted al caballero? Ése es mi amo.

No podía decirse que su amo fuera un ser extraordinario ni tampoco vulgar, sino un correcto varón de unos cuarenta años, bien conservado, vestido de traje gris, grises también los aladares y el bigote. Mis pobres ojos miopes, a aquella distancia y con luz mediana, no podían ver más. Observé que usaba gafas oscuras, como las mías.

—A la muchacha, ¿la ve usted bien?

—Está de espaldas.

—Es bonita, pero eso es decir poco de una mujer en París. Creo, sin embargo, que le gustaría verla de cerca.

Remedó con las manos ciertos encantos a los que siempre fui particularmente sensible, y guiñó un ojo.

—A mi amo también le gustan así. ¡Oh, no crea! Tienen ustedes dos, muchos puntos de coincidencia. Llegarán a entenderse.

En este momento, la muchacha se levantaba, y pude verla mejor: de buena estatura y cuerpo delgado, vestía pantalones y jersey negros. Se echó sobre los hombros un abrigo gris y se puso los guantes. El caballero se había levantado también: sus movimientos y su figura me resultaron conocidos, aunque no pudiera identificarlos como de alguien próximo o amigo. Era muy elegante, con esa elegancia casi inasequible en que el traje, más que encubrir, expresa.

La muchacha salió con la cabeza alta y el mirar perdido. El caballero la siguió cortésmente, sin que la cortesía significase especial amor.

—Y ahora, ¿le conoce? —me preguntó el italiano.

—No.

—Lo siento. Créame que lo siento. Le traje aquí para que, al verle, recordase en seguida su nombre. Si, de pronto, usted dijese: «¡Es Fulano de Tal!», yo le diría: «Sí», y luego vendrían las explicaciones. Pero si usted no ha sido capaz de adivinarlo, yo no puedo hacer más. Créame que lo siento. Si ahora le dijese quién es mi amo, usted se reiría de mí, me tomaría por loco, o, lo que es peor, pensaría que me estoy burlando. Me siento desolado por el fracaso, pero otra vez será. ¡No sabe usted lo que sufro con esta clase de situaciones! Me veo con ellas en cada paso, pero ¡son tan lógicas!

Puesto de pie, cogió el hongo y el bastón.

—Ya se enterará de algún modo, estoy seguro, de algún modo normal, quiero decir: suavemente, sin sorpresa, sin esa sensación de lo absurdo que sobreviene necesariamente a todo el que lo descubre por sí mismo. Pero tiene que ser pronto, porque usted marchará de París un día de éstos... ¿cuándo se marcha?

—No lo sé.

—Espere unos días más. Usted ha venido a ver teatro: dentro de pocos días será la *première* de una pieza importante, de las que no pueden representarse en su país. Espere. Le enviaré las entradas.

No dijo más, sino que saludó y se fue corriendo. Yo me acerqué a la ventana y le vi pasar, recobrado el andar saltarín, el ritmo de baile burlón; sólo que había cambiado de manos el bastón y la flor.

Alguien alentaba detrás de mí. Sentí asimismo un corazón que golpeaba, pero esto quizá fuera una ilusión. La que parecía camarera del café se había acercado también,

y miraba por encima de mi hombro, pero no al italiano, que ya desaparecía tras la esquina, sino hacia el lugar donde la muchacha de los pantalones negros y su galán se habían detenido.

Tendría como treinta años, la camarera, y me gustó. Miraba a la otra muchacha con mirada de despecho, con mirada de amor en frenesí, y aún dijo algo, que no entendí bien porque el francés sólo se me da con extranjeros que lo hablen más o menos con las mismas imperfecciones que yo.

Pero lo que dijo, por el tono y el modo de mirar, me la hicieron interesante. Volví a mi mesa y me puse a hojear un libro, en realidad a observar a la chica del café, que se había refugiado en un rincón, entristecida y rabiosa. Pasó algún tiempo: no hallaba pretexto para interrogarla, a pesar de encontrarnos solos. En España hubiera sido fácil: ella me contaría, a la primera insinuación, toda una historia de amor. La llamé, por fin, para pagar. Me respondió sin moverse:

—Gracias, señor. Leporello ha pagado ya.

3. Me dio una risa tan vehemente que tuve miedo de soltarla en su cara, y esperé a la calle para reírme; pero en la calle no reí. La sensación de hallarme ante un embrollo marcadamente cómico desapareció en seguida, al comprobar que no me hallaba ante él, sino metido en él, quizá como su objeto, al menos como objeto de una burla. Al nombre de Leporello había asociado inevitablemente el de don Juan Tenorio, y la idea de que Leporello era un farsante la extendí, sin proponérmelo, a su amo, no sé si también

—al menos de momento— a la chica que le acompañaba y a la camarera del café. Me estaban tomando el pelo, o al menos se lo habían propuesto, aunque yo no me explicase por qué lo hacían ni para qué. Supongo que, mientras estas ideas me pasaban por las mentes, hacía el ridículo en mitad de la acera, vacilante, asombrado y bastante irritado. Si alguno de ellos me veía, debía divertirse de lo lindo.

Hasta que pude dominarme, y salí corriendo hacia el figón donde el cura español solía cenar. No sé por qué pensé en él, ni por qué tuve miedo de no encontrarle. Tomé un taxi. El cura no se había marchado: bebía tranquilamente su café.

—¿Sabes quién dice ser el sujeto aquel del hongo?
—le pregunté.

El cura ya lo había olvidado.

—Sí, hombre: el que estudió Teología en Salamanca... a principios del siglo diecisiete.

—¿Tu fantasma?

Sonreí.

—Exactamente. No es un fantasma, sino un farsante, como me pareció al principio. Dice que es Leporello.

Mi amigo el cura lo hubiera identificado más fácilmente por Ciutti. Ni siquiera Catalinón le resultaba familiar, menos aún Sgagnarelle.

—Bueno. Eso es una bobada.

—No creo que dos sujetos que, a estas alturas, se hacen pasar por don Juan y su criado, sean ninguna bobada.

—Quería decir una impostura.

—La impostura, querido páter, es un modo de actuar en la realidad como otro cualquiera. Tiene sustancia propia y, a veces, es interesante, y hasta importante. Por

lo pronto, cuando un hombre se convierte en impostor, la impostura elegida es reveladora. Hay en la impostura mucho de la verdad íntima de su alma.

—Cuando un hombre dice ser don Juan Tenorio, lo que su impostura revela me atrae muy poco.

—El verdadero don Juan, ¿te atraería?

El cura se encogió de hombros.

—¡Qué sabe uno cómo fue! Los individuos de esa especie que he conocido nunca me han sido simpáticos. Son pecadores sin grandeza, simples fornicadores, gente liviana. Don Juan no es más que una exageración de los poetas.

—Aunque inventado por un teólogo.

Se había acercado la camarera. Encargué una cena modesta y sin vino: con ese «quart' Perrier» de mis comidas en París.

—Por lo pronto —continué—, don Juan no es una especie, según parece creer, sino un hombre de intransferible singularidad, o, si prefieres que sea más concreto, una persona eminentemente individual, con la que todo parecido es pura coincidencia.

—No me interesa.

—Para un teólogo, es un tema de primera.

El cura me miró casi enojado.

—Los literatos metidos a teólogos tendéis a desquiciar las cosas, y tú, concretamente, a pensar que cualquier bagatela es un gran teológico. Dame un pitillo.

Me lo pedía porque, en mi petaca, había siempre monterreyes extralargos, comprados en España de contrabando y traídos a París para compensación de los insoportables *caporales*.

Lo encendió.

—Un hombre que dice ser don Juan, no puede interesar a un dramaturgo o a un novelista, cuanto más a un teólogo. Tiene que ser un memo.

—¿Crees que lo es Leporello? Apostaría a que sabe más teología que tú.

—Supón que es un cura italiano, un vulgar *défroqué*.

—Aun así... ¿Imaginas lo que tiene que haber pasado en el alma de un hombre en tales condiciones hasta llegar al punto de hacerse llamar Leporello?

—Carezco de imaginación.

—Yo, no. Y si es, cosa que no creo, un cura rebotado, más todavía.

Mi amigo el cura español puso la mano sobre mi brazo y me sonrió compasivamente.

—Siempre te tuve por muchacho inteligente, pero creo haberme equivocado. No dices más que tonterías. ¿No ves que todo es absurdo?

—De acuerdo.

—La única explicación razonable que se me ocurre es que ese sujeto, o los dos, quieren tomarte el pelo.

—¿Por qué han de quererlo?

—No lo sé. Pero cualquiera que no fueses tú, lo habría pensado en seguida, y habría roto las narices al italiano.

Se interrumpió un momento.

—... aunque, claro, si es un cura... Pero puedes darle un buen golpe con el paraguas, o un puñetazo sin quitarte el guante, o un silletazo. Para que exista excomunión tienen que concurrir determinadas circunstancias: *manu violenta, suadente diabolo*. Una estaca; una mano enguantada, y, sobre todo, la convicción de que el diablo está lejos...

Hizo otra pausa, y añadió:

—Ahora que ya lo sabes, déjame en paz.

4. Eso hubiera querido yo, quedar en paz. Di, aquella noche, mil vueltas en la cama, ya divertido, ya irritado, siempre preocupado. Si acontecía que me ganaba el sueño, despertaba en seguida, confuso como quien viene de una realidad distinta de la nuestra, y el silencio y la oscuridad me daban miedo. Volvía a recordar a Leporello, le veía por el *boul' Mich* con su bastón y su rosa, como un malabarista callejero; se mezclaban, además, en la pesadilla, imágenes de algún actor español, recitando la escena del sofá, compases de Mozart, *malditos* enmascarados y gritones, el gesto incomprensivo y enojado de mi amigo el cura, y la escenografía de Dalí para el *Tenorio* como fondo. En algún instante lúcido y tranquilo, atribuí las pesadillas a la excelente calidad y a la cantidad del café bebido aquella noche. Probablemente era cierto. De otra manera, no hubiera recordado la burla del italiano más tiempo del indispensable para olvidarla.

Me levanté tarde, con la cabeza dolorida y confusa. El agua de la ducha no me espabiló.

—Le espera un señor abajo —me dijo la camarera al traerme el desayuno.

—¿Español?

—Creo que sí.

Podía ser cualquiera de los dos o tres amigos hallados en París a los que había dado mi dirección. Podía ser el cura, que, a veces, vestía de paisano.

—Que suba.

Volví a la cama, y antes del café, bebí el «quart' Perrier» que, cada mañana, reconciliaba con los sabores tolerables mi estómago revuelto.

Llamaron a la puerta, respondí en español, y entró en seguida Leporello, con un maletín negro en la mano. Reía, aunque amablemente. Al ver mi sorpresa, se rió un poco más. Sin pedirme permiso, se sentó en la esquina de la cama.

—Ya me dijo Marianne que le había hecho mucha gracia el escuchar mi nombre.

—¿Marianne?

—La camarera de ayer tarde, que es también dueña del café. Recuerde. ¡Y, por favor, no vuelva usted a mirar a una mujer francesa con esa descarada insistencia, y, si lo hace, láncese al ataque! Aunque, en este caso, hubiera sido inútil: Marianne está enamorada de mi amo, y aún no le llegó la hora de desamarlo.

Hizo con la mano un gesto juguetón.

—A todas les sucede lo mismo. ¡Verdaderamente monótono! Trescientos y pico años asistiendo al reiterado, al deprimente espectáculo de la debilidad femenina. Si mi amo fuese otro hombre, lo hubiera abandonado.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Que conozca a mi amo.

—No me interesa.

Leporello se levantó, fue a la ventana y permaneció unos momentos en silencio, de espaldas a mí. Sin volverse, hizo algún comentario —entre dientes—, sobre cualquier vecina del patio. Luego, añadió, sin transición:

—No es usted sincero. Esa respuesta obedece a la conversación que tuvo ayer con el presbítero, a la mala noche pasada, y al temor de que entre mi amo y yo le tomemos

el pelo. Los españoles, en cuanto creen que se les burla, se ponen antipáticos, y son capaces de armar una guerra por cuestiones así: sólo mi amo se ha librado de esa deficiencia, pero lo cierto es que de mi amo no se ha burlado nadie. Bueno... es decir, se burló una persona, pero tan alta, que no es para guardarle rencor.

Giró rápidamente sobre sí mismo.

—¿Quiere usted venir conmigo? Le expondré los motivos que mi amo y yo hemos tenido para hacerle el honor...

Se interrumpió, sonriendo.

—Perdón. Quise decir tan sólo para invitarle a una entrevista.

—No.

—¿Tiene usted miedo?

Salté de la cama.

—Cuando usted quiera.

Leporello reía.

—Es el último truco para conseguir algo de un español. Ustedes no comprenderán jamás que entre la cobardía y el valor hay bastantes zonas intermedias muy honorables y aconsejables, la cautela, la prudencia, el desdén. ¡Qué tipos raros y simpáticos son ustedes! Mi amo hubiera obrado igual. En realidad, ha obrado así toda su vida. El miedo a que le tengan por cobarde es más fuerte que el más templado raciocinio.

Se acercó y me palmoteó la espalda.

—Vamos, vístase.

—¿Quiere usted, sin embargo, decirme cómo sabe que ayer discutí con el presbítero, y que esta noche...?

Me detuvo con un gesto.

—Forma parte de mi secreto profesional.

—Puedo responderle que no le acompañaré mientras no me lo explique.

—Le prometo hacerlo alguna vez, pero no ahora. ¡Querido amigo! Si para enterarle de quién es mi amo fueron indispensables tantos rodeos, ¿cómo podré decirle de repente quién soy yo?

—Un impostor que se hace pasar por Leporello.

—Y, ¿por qué no por el diablo? Aceptada la impos-tura...

Me acerqué al lavabo, con intención de afeitarme.

—Deje eso. Va a tardar mucho. Con su permiso...

Me sentó en una silla y enchufó rápidamente una máquina eléctrica de afeitar, sacada del maletín.

—Así acabaremos antes.

Zumbaba el motorcito cerca de mi oreja.

—Lo que sí le aseguro es que no soy cura rebotado, como pensaba ayer el preste. No he alcanzado ese honor.

5. Me empujó dentro de un cochecito rojo, anticua-do, de buena marca.

—Es el que yo uso. El de mi amo es de más lujo, aunque tan anticuado como éste. Un Rolls, ¿sabe?, del año veinticinco. ¡Gran coche! Solemne y respetable como una carroza, con el interior *capitoné* en seda azul pastel. Las mujeres se sienten más cómodas en él, y, desde luego, mucho más halagadas que en uno de esos coches americanos, ostentosos y sin clase.

Corríamos por la Orilla izquierda. Leporello era un conductor habilísimo que exhibía su destreza con burlas

continuadas, no al código de circulación, sino a la prudencia. El automóvil, en sus manos, era, como el bastón y la flor, un instrumento de juego; más todavía, de riesgo; como si se divirtiese con dianas imposibles, con audacias inútiles. Sin embargo, en su manera de conducir el coche no había nada de misterioso, nada de absurdo, como en el manejo del bastón y la flor, sino, quizás, el deseo de amedrentarme. Yo, sin embargo, no tenía miedo: me salía del alma, inexplicable y súbita, una confianza en su pericia que no tenía nada de racional y que, al hacerse consciente, me dio más miedo que los riesgos corridos, como si el verdadero riesgo fuese Leporello, y no sus hazañas callejeras. Cada vez que una de ellas hallaba cabal remate, me miraba como buscando mi aprobación, y se la daba con sonrisa que quería ser serena, que —estoy seguro—, lo era. No sé por qué ni importa ahora.

Nos metimos en la Isla de San Luis y detuvo el automóvil después de haberla rodeado: frente a una casa edificada por alguien del siglo XVII para que alguien del mismo siglo —Intendente, o quizá Magistrado— la habitase. Dijo que habíamos llegado. Pasamos un zaguán, luego un patio interior, y por una escalera oscura y suntuosa, verdadero derroche de roble trabajado, ascendimos al piso. Leporello abrió la puerta y me invitó a pasar.

—Mi amo no está ahora. No venimos a verle, sino a explicarle a usted la razón por la cual...

—... me hacen ustedes el honor...

—Exactamente.

Cerró. El vestíbulo estaba oscuro. Leporello abrió las maderas de una ventana, y tuve la sensación repentina de hallarme en el escenario de un teatro, o en algo que, sin ser teatro, fuese escenario, y que, sin embargo, no era fingido

o falso, sino de la más depurada autenticidad. Quizá los descendientes del señor Intendente, o del señor Magistrado, hubiesen conservado intacto el vestíbulo de su casa, aunque parezca imposible; pero no sólo los muebles, sino ante todo su disposición, sabían a cosa antigua, auténtica, intocada. Un decorador moderno tiene otro sentido de la composición en el espacio. Y toda la casa, por lo que pude ver, era lo mismo.

Me llevó Leporello a una sala que hacía, al mismo tiempo, de biblioteca.

—Siéntese.

Señalaba un sillón que, por viejo, pudiera ser frágil. Comprendió mi temor de hacerlo añicos con sólo apoyarme en él.

—Siéntese —repitió—. Es un honrado y fuerte sillón con mucha historia. Su cuero ha estado en contacto con ilustres posaderas de las que las suyas no podrán avergonzarse.

Seguía invitándome con el gesto y las palabras.

—Siéntese. No se romperá.

Mientras me sentaba, se movió detrás de mí, hacia los anaqueles.

—No me extraña que ande usted un poco estúpido; es, más bien, razonable. Como si caminase por una carretera y se topase, de pronto, con don Quijote.

Yo estaba, efectivamente, atontado, y me sentía estúpido en mi manera de sentarme, y de cerrar los ojos, y de cogerme las sienes con las manos, y de pretender que los ruidos hechos por Leporello detrás de mí me diesen señal verdadera de sus movimientos; me sentía estúpido por el modo que mi cerebro tenía de funcionar, o de no funcionar, así como por la incoherencia e inoportunidad de sus imágenes, sin relación alguna con mi situación, con

mi estado, con Leporello ni con don Juan; una canción aprendida bastantes años atrás de una moza chilena que la cantaba con donaire, me sonaba en los oídos:

*Agachaté el sombrero,
y por debajo mirame;
agachaté el sombrero
y por debajo mirame...*

y en la segunda copla habla del Río Magdalena.

—¿Recuerda usted que cierta vez escribí un artículo sobre don Juan?

¡Al diablo la canción!

—Escribí varios artículos sobre ese caballero.

Leporello traía en la mano un recorte de periódico pegado a una hoja grande de papel, con letras azules como siglas.

—Los otros no fueron tan afortunados; pero, en éste, hay una frase que nos agradó.

La frase estaba subrayada con lápiz rojo.

—Don Juan le agradeció mucho este cumplido, que es, además, una intuición certera; porque, en efecto, don Juan ha perfumado sus manos en cuerpos vivos de mujeres y las ha sacado traspasadas de olor como si las sacase de un cestillo de rosas.

Se sentó en el borde de la mesa. Yo releía el artículo. Traía mi firma al pie.

—Al leerlo, pensamos escribirle, y quizá visitarle, pero mi amo creyó entonces que a usted le parecería poco respetuoso recibir unas líneas firmadas por Juan Tenorio y Ossorio de Moscoso...

Dio un golpe en la mesa con la mano cerrada, un golpe innecesario, como un ripio.

—Ossorio de Moscoso, ¿sabía usted que éste es el segundo apellido de don Juan? Busque, cuando esté en España, su partida de bautismo, busque la de su madre doña Mencía. En los archivos de Sevilla, naturalmente.

—En Sevilla nunca hubo Ossorios de Moscoso.

—Busque, y se apuntará un tanto de erudito; encontrará también la partida matrimonial de dicha dama con don Pedro Tenorio.

—Sabe usted de sobra que los Tenorios de Sevilla son anteriores a los registros parroquiales.

—Entonces, no lo busque.

Recogió el papel que yo le tendía.

—Debo confesarle que le habíamos olvidado; pero, hace días, al oír su nombre en la Embajada de España...

—¿Me vio usted allí?

—Mi amo, sí. Él va a veces por la Embajada, pero nunca se presenta con su verdadero nombre; sería escandaloso. Lo cambia cada diez o doce años, aprovechando cualquier remoción del personal.

—Ahora, ¿cómo se llama?

—No lo recuerdo bien. A lo mejor, Juan Pérez.

Hice ademán de levantarme. Leporello me detuvo.

—¿Qué prisa tiene?

—Los motivos ya están claros, ¿no?

—Sólo aparentemente.

—Eso ya no depende de mí.

—Comprendo que don Juan en persona le conveniría mejor que yo; pero, lo dije ya, ha salido de casa.

—Es natural en él, supongo.

—Acierta usted. El trabajo lo hace fuera. Se habrá llevado a Sonja a Fontainebleau, o a algún sitio cerca. Sonja —añadió— es la chica de ayer. Una sueca muy bonita, como usted habrá visto. ¿Se fijó en sus...?

Señaló el pecho, abombó sus manos sobre el pecho.

—Una muchacha increíble e inútilmente pura, y disparatadamente enamorada de mi amo. Luego, dicen que las nórdicas son frías. ¡No hay mujeres frías, amigo mío! No hay más que hombres imbéciles, que tienen en sus manos una guitarra y no saben tocarla.

—Su amo debe ser un formidable guitarrista.

—¿Quién lo duda? Pero, entiéndalo bien, sólo de una manera instrumental. ¡Oh, no piense que juego con las palabras! Quiero decir que esa melodía que saca de todas las mujeres no ha sido nunca un fin, sino un medio. Y conste que las mujeres, en manos de mi amo, han dado de sí melodías inesperadas. Tiene don Juan muchas virtudes, pero esa de que el instrumento más tosco suene en sus manos divinamente, es la que más admiro.

Se interrumpió.

—Bueno. Hay otra que admiro mucho más, pero hoy no viene al caso.

Me levanté.

—Hasta ahora no me ha dicho usted más que vulgaridades. Le aseguro que esperaba, al menos, divertirme.

—Lo lamento.

Saltó de la mesa y fue hacia la puerta.

—Puede que nos volvamos a ver, puede que no nos veamos jamás. En cualquier caso, ¿quiere beber ahora una copa conmigo? No aquí; a la vuelta, en un *bistro* vecino. Mi amo le invitaría con más ceremonia y en lugar más

elegante, pero yo he sido siempre cliente de figones. Tengo gustos ordinarios.

Se detuvo en el vestíbulo.

—¿Por qué está serio? ¿Por qué sigue enojado? Ni mi amo ni yo hemos esperado jamás que nos creyese, pero teníamos la obligación moral de darle a usted las gracias sin ocultar nuestros nombres. Pero ese empeño en creerse burlado... ¿Es que ha perdido usted, de pronto, el sentido del humor?

6. Sí. Lo había perdido. Cuando me metí en el metro, me insultaba a mí mismo por haberme dejado conducir, por la vanidad sentida cuando Leporello me mostró mi artículo, y, sobre todo, por aquella creciente, irracional creencia, de que *podían ser* Leporello y don Juan Tenorio, al modo como creo también que puede haber fantasmas, que los muertos regresan con recados del otro mundo, y otras muchas cosas de las que no he logrado nunca limpiar del todo los almacenes más oscuros de mi alma.

Estaba citado con mi amigo el cura en el restaurante, y allí lo encontré, irritado contra un libro del P. Congar que tenía entre manos. Según él, toda la teología francesa moderna, así como la belga, la alemana y la inglesa, le olían a heréticas, y acabó diciéndome que estaba harto, que se marcharía en seguida, y que pensaba escribir un libro terrible, denuncia implacable del *modernismo* en sus formas actuales.

—Aquí tienes un libro de cierto P. Teilhard no sé de cuántos. ¿Piensas seriamente que el dogma puede ser conciliado con el evolucionismo?

Me encogí de hombros.

—Nunca me preocupó gran cosa la cuestión, aunque esté convencido de que, antes o después del antropoide, el barro ha tenido que ver con mi cuerpo. Si alguna vez me muerdo el labio, no me sabe a sangre, sino a tierra.

Nos despedimos. Marché a mi hotel y eché una siesta que me pareció larga y de la que me arrancó el timbre del teléfono.

Hablaba Leporello.

—Tengo que verle.

—¿Para qué?

—¡Oh, no pregunte! Después de lo pasado, es necesaria una explicación.

Yo no lo creía así, pero Leporello me convenció con intachable y enrevesada dialéctica. Quedamos citados en el café de Marianne.

Cuando llegué, el café estaba vacío. Marianne vino del interior, al oír mis pasos.

—Leporello acaba de telefonar. Dice que haga el favor de esperarle.

Llegó en seguida. Se sentó a mi lado, y empezó a decirme que, desde luego, ni él era Leporello ni su amo don Juan, sino un par de guasones que se divertían así, y que lo hecho conmigo no llevaba mala intención, porque habían esperado que les siguiese el aire hasta el final de la aventura. Tanto él como su amo me pedían perdón, y estaban dispuestos a desagaviarme. Parecía sinceramente avergonzado, y con ganas de templar mi enojo con humildades.

Se acercó Marianne.

—Al teléfono.

—¿Quién?

—Una mujer.

Leporello me miró con angustia súbita, con algo como terror —un cómico terror expresado con una mueca.

—¡Todo se ha ido al diablo! —exclamó.

Corrió al teléfono.

—¿Quién es? ¿Quién es usted? ¿Es usted Sonja?

Colgó. Marianne, al nombre de Sonja, había vuelto la cabeza y miraba con inquietud. Detuvo a Leporello.

—¿Sucede algo?

Leporello la apartó suavemente.

—Le han pegado un tiro —me dijo—. Venga conmigo.

—¿Un tiro? ¿A Sonja? —preguntó Marianne.

—No. A don Juan.

Marianne dio un grito.

Se quitó el mandil, se puso un abrigo. Leporello me ayudaba a poner el mío.

—No, Marianne. No venga usted.

Discutieron. Marianne quería ver a don Juan, quería estar a su lado, quería...

Leporello le dio una llave.

—Vaya usted a casa y espere allí.

—Pero ¿y el médico?

—Le avisaré también. Recíbale si llega antes que nosotros. Y, entretanto, prepare lo que se le ocurra. Ya sabe dónde están las cosas.

Salió, casi arrastrándome. En el coche, me explicó:

—Marianne ha sido nuestra sirvienta. El café se lo puso mi amo para librarse de ella.

—¿A dónde me lleva?

—Al *pied-à-terre* de don Juan. Eso que ustedes llaman un picadero o un pisito. Pero ¡qué picadero el de mi amo!

Cargado de historia. Es el piso en que vivió cierto poeta, amigo suyo.

Hizo una pausa, mientras arrancaba el coche, y añadió:

—Creo que se llamaba Baudelaire.

No pude responderle, porque el coche corría ya endemoniadamente; cruzaba calles desconocidas para mí, lugares cuyo desconocimiento me desazonaba. Una vez, se volvió hacia mí, me miró con sorna, y dijo:

—No crea que pienso raptarle. ¿Para qué?

Se detuvo en una calle antigua, frente a unas casas de estilo y facha dieciochescos. Justo delante de nosotros había un Rolls negro, de gran empaque, vacío. Leporello abrió la portezuela y husmeó en el interior. Alumbró luego con una linterna eléctrica, se agachó, recogió algo y me lo alargó. En husmear, en alumbrar, en agacharse, había tardado un tiempo infinito, el tiempo de un profesional miope que necesita verlo, hurgarlo todo, dar vueltas a las cosas para enterarse de que, en un rincón del coche, entre el asiento y el respaldo, hay algo blando.

—El pañuelo de Sonja. Después se quejan si la policía descubre los asesinatos. ¡Qué buen perfume usa!

Le recordé que su amo, estaba, quizá, desangrándose.

—No pase cuidado, no morirá.

Se llevó el pañuelo a las narices y aspiró. Dilató también la operación, y si no me mirase con una chispa de zumba en sus ojuelos verdes, creería que había hallado en el perfume la felicidad y que quería demorarse en ella lo que le quedaba de vida, para morirse luego.

—Huela, huela usted. Todo el secreto de Francia para un español, todo lo que ustedes envidian a Francia porque no lo tendrán jamás, se expresa en este perfume, aunque

usted quizá prefiera sorprenderlo en la poesía. Da lo mismo. La poesía y la perfumería francesas son dos triunfos de la alquimia.

Sonrió, como disculpándose de haberse deslizado.

—Quiero decir de la Química.

—Su amo ya habrá muerto.

—No. No morirá por un tiro más. ¡Y sin embargo, cómo lo hubiera agradecido!

Sin esperar mi respuesta, entró en el portal de la casa, y yo le seguí irritado, y, al mismo tiempo, sonámbulo, como si aquella puerta fuese la entrada de un sueño en el que todos los elementos fuesen reales, aunque no lógicos; porque lo que verdaderamente se alteraba en mí, lo que perdía pie y se colocaba en *off side*, era mi afición a entender y a explicarlo todo por rigurosos sistemas casuales. La inspección del coche, el comentario al hallazgo del pañuelo, y, sobre todo, el tiempo consumido en aspirar su perfume y en ponderarlo, me parecían algo así como una diversión lírica, o la interpolación de una demora discursiva en un proceso dramático urgente.

—¿Por qué está preocupado? Mi amo no se muere. ¡Si lo sabré yo!

Y, en seguida:

—En usted, querido amigo, interfieren ahora mismo dos órdenes de la realidad, pero no intente entender más que aquella a la que todavía pertenece.

Buscó las llaves con parsimonia, introdujo una en la cerradura, tardó en abrir.

—La otra, acéptela si quiere.